

EL ÉXODO SIN FIN

Víctor Meza

El éxodo, como si fuera una maldición bíblica, no parece tener fin. Los niños, acompañados o no, siguen huyendo hacia el norte. Utilizando guías a sueldo, los llamados “coyotes”, o arriesgándose solos por los inciertos laberintos de las peligrosísimas rutas migratorias, nuestros infantes no cesan en sus intentos por salir de estas honduras y buscar el paraíso soñado en otras latitudes, lejos, muy lejos, lo más lejos posible del Estado y la sociedad hondureña. No los culpo ni los condeno. Los comprendo.

Los flujos migratorios son tan difíciles de medir como inasibles para fines estadísticos. Su naturaleza semiclandestina, su carácter tan personal y sigiloso, así como sus infinitas formas y canales de expresión, los vuelven gelatinosos e imprecisos. El Estado, cuando se esfuerza, lo más que puede hacer es calcular sus dimensiones, hacer estimados, diseñar tendencias, manejarse en un círculo casi vicioso de cifras preliminares y siempre sujetas a revisión y corrección continuas. A lo sumo, puede auxiliarse de los datos producidos en otros países, generalmente en aquellos que son receptores (Estados Unidos) o en los de último tránsito (México). Ellos reportan el número de los migrantes capturados y posteriormente repatriados. Las autoridades migratorias de Estados Unidos proporcionan el número exacto de los hondureños, adultos o no, que envían por vía aérea hacia el suelo hondureño. Nuestras autoridades de la Dirección de Migración y los grupos humanitarios que aquí les reciben anotan el número de recién llegados y nada más. En el caso de los repatriados desde México, el asunto es más complicado: vienen por vía terrestre y su ingreso no siempre es debidamente registrado en nuestras aduanas. Algunos logran evadirse y se quedan en Guatemala; otros ingresan a Honduras y casi de inmediato emprenden de nuevo la ruta hacia el norte. No faltan quienes se quedan merodeando en la zona transfronteriza occidental para, en la menor oportunidad, cruzar de nuevo y retomar el camino interrumpido. Es la de nunca acabar: el éxodo infinito, la maldición con ribetes bíblicos.

Los presidentes de los tres países del llamado Triángulo del Norte (ahora se habla también del Rectángulo del Norte, incluyendo a Belice, que se ha sumado ya a esta tragedia colectiva) también viajaron al país norteño, pero lo hicieron, como es natural, en las condiciones inherentes a su privilegiada condición de altos dignatarios. No se

arriesgaron en la maraña de los pasadizos clandestinos ni en los puntos ciegos de las fronteras peligrosas. No conocieron ni conocerán nunca, como no sea en las salas de mapas de los Estados Mayores de sus inoperantes ejércitos, los trazos de las rutas de la emigración clandestina. Ellos, el Trío del Norte, viajan al norte para buscar soluciones a los problemas del sur. ¡Vaya geografía tan siniestra y burlona!

Pero la solución que proponen no es la mejor ni la más indicada. No coincide plenamente con la visión predominante allá, en el definitivo Norte. Llegaron a pedir una réplica del llamado Plan Colombia, estrategia más militar que política y más represiva que social, que los norteamericanos financiaron en el país del sur para combatir a la guerrilla, disminuir la influencia del narcotráfico y reducir gradualmente los peligrosos índices de violencia y criminalidad que, por muchos años, han prevalecido en Colombia. Tal plan, dijeron los estrategas estadounidenses, no es aplicable en Centroamérica; sus países no están preparados para hacer los cambios e introducir las reformas que esa estrategia demanda y que Colombia supo hacer y mantener. El Trío del Norte recibió algo así como un palmo de narices en los predios del otro Norte. Su propuesta no fue aceptada. Será preciso diseñar otra, más acorde con las fortalezas y debilidades de nuestra región, más centroamericana y menos colombiana. Los equipos encargados de diseñarla deberán mostrar más imaginación y mejor espíritu creativo, copiar menos y crear más. Ser más originales y productivos.

Mientras el trío del Triángulo siga manteniendo una visión más militar que política y colocando el tema de la migración en la agenda de la seguridad, en lugar de ubicarla en la del desarrollo, sus planes y propuestas concluirán en fracasos. Las corrientes migratorias, fenómenos sociales por excelencia, no se detienen militarizando las fronteras ni persiguiendo a los que huyen. La única forma de disminuir su impacto es generando las oportunidades debidas, mediante la creación apropiada de empleos y mejores condiciones de vida, en el interior de los países emisores de emigrantes. Para ello se necesitan políticas sociales viables y concretas. No se requieren ni más soldados, ni más aviones, ni más fusiles.

El Trío presidencial debe superar su obsesión militarista y descender, aunque sea alguna vez, al campo del raciocinio y la simple lógica. De lo contrario, seguiremos viendo pasar las olas de migrantes, los que se van desde aquí, los que vienen desde el sur y los que regresan, una vez que han sido repatriados desde el norte. El éxodo, como las ilusiones y el deseo, seguirá siendo infinito.